

## CUARTA PARTE.

### LAS HOJAS SECAS.

A MI MADRE.

Dicen que todo al fin se desvanece,  
Todo pasa, se olvida, pierde y borra . . .  
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,  
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pasando  
Cruza en el viento descarriada y sola,  
Prensan mi corazon, y á mis pupilas  
Solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver un claro riachuelo  
Lamer su orilla con azules ondas,  
Y al resplandor del trémulo crepúsculo  
Sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver tras el opuesto monte  
Hundir al sol su faz esplendorosa,  
Y despedirle desde el hondo valle  
Al compás de las aguas y las hojas,

Y pláceme en paseos solitarios,  
En dulces sueños delirando sombras,  
Perderme en la floresta sin camino,  
Ideando quiméricas historias.

La mia es triste; cansa y no interesa;  
Sin aventuras intrincadas, corta:  
Es una historia solamente mia  
Como otras muchas que á la vez se ignoran.

Es la historia de un sueño fatigoso  
En que nada sucede, nada importa;  
No se comprende, pero no se olvida,  
Y sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre,  
Temo profundizarla, y sus memorias  
Como gotas de mágico veneno  
Caen en mi corazon una tras otra.

¿Qué os hicísteis, dulcísimos instantes  
De mi infancia gentil? ¿Dó están ahora  
Los labios de coral que me colmaron  
De blandos besos que mis ojos lloran?

¿Dó está la mano amiga que trenzaba  
Las hebras mil de mi melena blonda,  
Tejiéndome coronas en la frente  
De azucenas silvestres y amapolas?

Era ¡ay de mí! mi madre: alegre entonces,  
Tranquila, amante, como el alba hermosa;  
Jamás me ha parecido otra hermosura  
Tan digna de vivir en mi memoria.

Apartaos, impúdicas quimeras,  
Más os detesto cuanto mas vosotras  
Tenaces me seguís; ya no sois nada,  
Cesó el festin, rompiéronse las copas.

Ella es mi madre, sus ardientes besos  
Con vuestra vil presencia se inficionan:  
Idos en paz, que el llanto de sus ojos  
Del alma impura vuestra imágen borra.

Madre, te encuentro llorando!  
¡Ah, no atiendes á mis voces!  
Mírame, ¿no me conoces?  
¿Tan mudado, madre, estoy?  
¿Tan pronto borrar pudieron  
Mi rostro las desventuras? . . .  
¡Bebí tantas amarguras!  
Pero al fin, madre, yo soy.

¿Cuán trémula está tu mano!  
¿Tu corazon cuán opreso!  
Madre, ¿no tienes un beso  
Ni una queja para mí?  
¡Lloras! Beberé tu llanto . . .  
Mas abrasan tus mejillas . . .  
Heme, madre, de rodillas  
Avergonzado ante tí.

Apartas de mí los ojos,  
Sufres viéndome, lo veo;  
Mas estoy como está el reo  
Humillado ante su Dios.  
Tornadme el rostro, señora,  
Y aunque lo torneis severo,  
Aunque sea el favor postrero  
Porque me ausente de vos.

Lo sé; recelais acaso  
Que vendí vuestro cariño  
Por el impúdico aliño  
De otro amor mas terrenal.  
Este color de mi frente  
Tal vez os parece impuro . . .  
¡Oh! madre mia, os lo juro,  
Me habeis comprendido mal.

Soñé y me desvanecieron  
Mis fatales ilusiones,  
Sentí mis locas pasiones  
Dentro de mi pecho arder.  
La tempestad era horrible,  
La noche lóbrega, densa,  
La mar tormentosa, inmensa,  
Mi barca débil . . . ¿qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,  
Dejeme llevar del viento,  
Sacóme el mar turbulento  
A otra playa de ilusion;  
Yo á lo lejos la miraba,  
Y era una tierra tan bella,  
Que el pasar, madre, por ella  
Fué terrible tentacion.

Bebí el agua de sus fuentes,  
Gocé el aura de sus flores,  
Embriagado en sus amores  
En sus bosques me dormí;  
Allí el placer me esperaba,  
Vos en la opuesta ribera . . .  
Horrible tentacion era,  
Mas luché, madre, y vencí.

Tal vez en mi sien soñaba  
Glorioso laurel raiante;  
Yo le arranqué de mi frente,  
Pensaba en vos, y le hollé.  
Allí quedó entre la arena,  
Y al lanzarle, dije: crece,  
Que si mi sien te merece  
Mas ansioso volveré.

En vano mis ilusiones  
Me acosaron tumultuosas;  
A las ondas procelosas  
Me arrojé audaz y volví.  
Sin fuerza, sin esperanza,  
Madre, en mi congoja fiera  
Tu imágen fué la postrera  
Que guardé mientras viví.

¿Mas tú inconsolable lloras  
Sin atender á mis voces!  
¿Mi vida! ¿no me conoces?  
¿Tan mudado, madre, estoy?  
¿Tan pronto borrar pudieron  
Mi rostro las desventuras?  
¿Bebí tantas amarguras! . . .  
Pero al fin, madre, yo soy.

¿Mas no me escuchas! ¡Llorando  
La faz amorosa escondes!  
Te llamo y no me respondes:  
¿Tanto, madre, te ultrajé!  
Te entiendo, por fin, yo solo  
No basto ya á consolarte;  
Me será fuerza dejarte,  
Y á la mar me volveré.

Mas oye. Es el otoño; rebramando  
El abrego los árboles sacude,  
De roncós cuervos el siniestro bando  
A los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en occidente,  
Y allá en la falda de espinoso risco  
Guía el pastor con paso indiferente  
Las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbría  
De sus verdes doseles se despoja,  
Y al empuje de ráfaga bravía  
El bosque se desnuda hoja por hoja.

El abrego las huella y arrebata,  
Las arrastra en revuelto torbellino,  
Ciega en la fuente la serena plata,  
Borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del verjel ameno  
Y esqueleto fantástico semeja,  
Cada desnudo tronco, un día lleno  
De la sombra magnífica que deja.

Flores, ¿en dónde estais? ¿y dó se esconden  
Los céspedes que amenos os cercaban?  
¿Cómo los ruiseñores no responden  
Al són de las alondras que pasaban?

¿Qué es del arrullo de la mansa fuente  
Donde á beber bajaban las palomas?  
¿Qué es del aura que erraba suavemente  
Cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del abril se marchitaron,  
Los céfiros errantes se extinguieron,  
En ayes los murmullos se tornaron,  
Y anchos arroyos las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso  
Hay en vez de una fuente una laguna,  
Y en las ramas del álamo pomposo  
Las hojas se desprenden una á una.

Así, madre, van mis días  
Con las hojas de consuno  
Desprendiéndose uno á uno,  
Al vaiven de la pasión.  
Y así van las ilusiones  
De mi esperanza impertuna,  
Desprendiéndose una á una  
De mi seco corazón.

Como esas hojas marchitas,  
No volverán á su rama:  
El cierzo las desparrama,  
La lluvia las pudrirá.  
Como el bosque queda triste,  
Y silencioso y desnudo,  
Seco y solitario y mudo  
Mi corazón siento ya.

Esas hojas amarillas  
Que ayer nos prestaron sombra,  
Ni aun las querrá por alfombra  
El tornasolado Abril;  
Míralas, madre, cuál ruedan  
Entre la arena perdidas,  
Holladas y sacudidas  
Por el aura más sutil.

Eso son nuestras creencias,  
Nuestras miserables ficciones:  
Eso son nuestras pasiones,  
Nuestra vida terrenal:  
Nacen, dan sombra un instante,  
Suenan, se mecen, se cruzan,  
Caen, ruedan, se desmenuzan,  
Y las lleva el vendabal.

Si ellas al rápido soplo  
Del cierzo desaparecen,  
Otras en el árbol crecen  
Y se apiñan otra vez;  
Mas yo iré, cual hoja seca,  
Por el viento desprendida,  
Arrojando de mi vida  
La juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento  
Irá por doquier conmigo,  
Como verdugo y testigo  
De mi perdurable afán.  
Y cuando á su vieja llama  
Encanezcan mis cabellos,  
Madre, debajo de aquellos  
Jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes  
Que por mi memoria vagan,  
Estos recuerdos que amagan  
No dejarme hasta morir,  
Hojas secas de mí mismo,  
Que arrancadas de mi centro  
A mí pegadas encuentro  
Sin poderlas desasir;

No pasarán como pasan  
Esas hojas del otoño,  
No tienen otro retoño,  
Mas tampoco tendrán fin:  
Sopla el viento y no las lleva,  
Cae la lluvia y las perdona,  
Igualmente las abona  
El desierto y el jardín.

Dicen que todo al fin se desvanece,  
Todo pasa, se olvida, pierde ó borra . . .  
¿Soy infeliz?—No sé.—Mas vivo triste  
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, ¿creerás también que todo pasa  
Como en alas del ábrego las hojas,  
Como del vago céfiro los ayes,  
Como del mar las fugitivas ondas?

¿Crees tú que pasarán para tu hijo,  
Como del bosque la agostada pompa,  
Tus recuerdos, tu amor, tu sacra imagen,  
Que todo el corazón le ocupa sola?

¿Crees, madre, que al huir desesperado  
A playas extranjeras y remotas,  
Corre tras la molición y los placeres,  
Busca una una libertad cínica y loca?

¿Cres tú que anhela en climas apartados  
Libre gozas su juventud fogosa?  
¿Crees que olvidado de su madre viva . . . ?  
Quien lo dijo mintió, madre y señora.

Doquier que arrastre su existencia inútil,  
Suerte feliz, ó misera, le acorra,  
Ya duerma en los harapos del mendigo,  
Ya en blanda pluma de opulenta alcoba;  
Ya espere un porvenir sin esperanza,  
Ya circunde su sien verde corona,  
En la mazmorra, en él alcázar . . . madre,  
Donde quiera que aliente, allí te adora.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu imagen  
Nunca pasa, se olvida, pierde ó borra,  
Como pasan, al aire del otoño,  
Del bosque umbrío las marchitas hojas.

#### RECUERDOS DE VALLADOLID.

TRADICION.

I.

D. TELLO.

Señora, por vida mía  
Que os dí siete meses más  
Y es un plazo que quizá  
Concederos no debía.  
¿Parécenos aun poco?

ANA.

No.

D. TELLO.  
Pedísteis un año.

ANA.

Sí.

D. TELLO.  
Si año y medio os concedí,  
¿Qué más hacer pude yo?  
Don Juan de Vargas no viene

ANA.

Harto por mi mal lo sé.

D. TELLO.

Pues que tanto os aguardé  
No esperar más me conviene.  
Que fuera lance fatal  
Que mi imprudencia pudiera  
Dejar que Don Juan volviera  
Con derecho al mio igual.

ANA.

Teneis, Don Tello, razón.  
Pedí por término un año,  
Pues tan fiero desengaño  
No aguardó mi corazón.

Prometí que si en todo él  
El de Vargas no volvía,  
Con vos me desposaría;  
¿Creíle menos infiel!  
Año y medio me esperó,  
Don Tello, vuestra nobleza,  
Y en tan hidalga grandeza  
No habré menos de ser yo.  
A mi padre responded  
Lo que os dije, vuestra soy;  
Mas si Don Juan vuelve hoy . . .

D. TELLO.

Doña Ana, el lábio tened,  
O mirad lo que decís.

ANA.

Si acabar no me dejais . . .

D. TELLO.

No, que ó todo lo negais,  
O todo lo consentís.  
Vuestra fé dareis entera  
Como os la pide á Don Tello,  
Que si Vargas vuelve, en ello  
Yo sé bien lo que me hiciera.

ANA.

¿Qué decís, Tello?

D. TELLO.

Doña Ana,  
Yo os pedí para muger;  
Mirad si lo habeis de ser,  
Y vuelva Vargas mañana.

ANA.

Que sí os dije; pero si hoy  
Viniera Vargas ya no.

D. TELLO.  
Ya en eso me veré yo,  
Pues vuestro marido soy.

ANA.

Pues, Don Tello, si viniera . . . . .

D. TELLO.

Vive Dios que le matara,  
Pues porque yo os esperara  
No era justo que os perdiera.

ANA.

¿Don Tello!

D. TELLO.

Miradlo bien,  
Que pues más no he de esperar,  
Conmigo habeis de casar  
Si viene, y si no también.

ANA.

Don Tello, pues ha de ser,  
No haré en ello oposición;  
Ya que teneis la razón  
Mirad lo que habeis de hacer.

Esto hablaban una tarde,  
Ya muy cercana la noche,  
Doña Ana Bustos Mendoza,  
Y Don Tello Arcos de Aponte.  
Iguales en lustre ostentan  
Sus heredados blasones,  
Ella envidia de las damas,  
El galán entre los hombres.  
Y ella hermosa y él valiente;

Por especiales razones  
Unirlos en casamiento  
Sus parientes se proponen.  
Don Tello adora á Doña Ana,  
Mas como valiente noble,  
Ha más de un año que espera  
Que su afán se le malogre;  
Porque ha tanto que la niña  
Tiene asentado en otro hombre  
El pensamiento amoroso,  
Y ni sosega ni come.

Es su amor Don Juan de Vargas,  
Que á Italia oculto fugóse  
Por no sé que muerte oculta  
En las sombras de la noche.

Mas Don Juan desde aquel día  
Tan de veras ocultóse,  
Que de su estado y persona  
Cartas ni amigos responden.  
En vano tras nuevas suyas  
Se rastrearon en la corte  
Mil esquisitas pesquisas,  
Mil cortesanos favores.  
La justicia dióle libre,  
El mismo rey perdonóle,  
Pidieron á todas partes  
Cartas y noticias dobles;

Mas en todo fueron vanos  
Al misterio que le esconde  
Los parabienes presentes,  
Las antiguas precauciones.  
De todas partes los pliegos  
Vuelven bajo el mismo sobre,  
Porque en ninguna parece,  
Ni en ninguna le conocen.  
Cansado por fin Don Tello  
De plazos y condiciones,  
Y recelando que al cabo  
Parezca Don Juan y torne,  
Resuelto y tenaz decide  
Que pues año y medio corre  
De grado ó de valimiento,  
Se cumpla cuanto pactóse.  
Y la verdad, que Doña Ana,  
Mas tibia ya en sus amores,  
No con enojos escucha  
De Don Tello las razones.  
Ni estorba que la festeje,  
Ni que vista sus colores,  
Ni entre en su casa de día,  
Ni que sus rejas la ronde.  
Porque en esto de firmezas  
En ausencias y en amores,  
Era sin duda lo mismo  
Que en nuestros tiempos, entonces.  
Quedó, pues, dicho y jurado  
Que, excusadas dilaciones,  
La boda se concluyera  
Dentro de la misma noche.  
Y en todo Valladolid,  
Cuantos hay vecinos nobles,  
A dar sus enhorabuenas  
A los novios se disponen.  
Mas es preciso advertir  
Que mientras en los salones  
Danza y festejos preparan  
Juntos Mendozas y Apontes,  
Las puertas del Campo Grande  
Cruza á resuelto galope  
Embozado en una capa,  
Sobre un potro negro, un hombre.

Es una noche de Octubre  
Que la atmósfera encapota  
Entre las dobles cortinas  
De la niebla y de la sombra.  
En ráfagas desiguales  
El cierzo á intervalos sopla,  
Quebrándose en las esquinas  
Con voz destemplada y bronca.  
Lucen en ellas apenas,  
Como sombras vaporosas,  
Mal esparcidos faroles  
Que entre la niebla se ahogan.  
Y á su esplendor vacilante  
Por las calles tortuosas  
Apenas á ver se aleazan  
De los que pasan la forma.

Que no es tan tarde que en sueño  
La ciudad repose toda,  
Ni tan pronto que aun escusen  
Los rondadores su ronda.  
Oyese el sordo murmullo  
De las fugitivas ondas  
Con que el revuelto Pisuerga  
Ambas orillas azota;  
Y entre su son temeroso  
La voz compasada y ronca  
Con que las huecas campanas  
Al toque de ánimas doblan.  
Allá por sobre las cercas  
Que el Campo Grande aprisionan,  
Turbias luces se perciben  
Por entre ventanas rotas;  
A cuya opaca lumbrera  
Algun penitente ora,  
Y con el llanto del monge  
Las culpas del hombre borra;  
O algun sabio solitario  
En meditacion mas honda,  
Del vano mundo desprecia  
La mal olvidada pompa.  
Cuán grato es ir sin camino  
Con el corazon á solas,  
En la silenciosa calma  
De la noche silenciosa;  
Sin testigos que sorprendan  
Sobre la faz melancólica  
Las lágrimas que se escapan  
De los ojos gota á gota.  
Noche, consuelo del triste,  
¡Bendita tu amiga sombra,  
Entre cuyos densos pliegues  
No se avergüenza quien llora!  
Yo tambien, triste poeta,  
Al compas del arpa ronca  
Te rindo tributo en lágrimas,  
Plegarias de mis memorias.  
Y una y mil veces bendigo  
Tu espesa tiniebla lóbrega,  
Desciñendo las guirnaldas  
Que el arpa cansada adornan.  
Noche, consuelo del triste,  
¡Bien haya tu amiga sombra,  
Entre cuyos densos pliegues  
No se avergüenza quien llora!

Cruzando del campo estenso  
La soledad misteriosa,  
A lentos pasos camina  
Un hombre de cuya forma  
Se distingue solamente  
La pluma que en alto flota,  
Las espuelas en que acaba  
Y la espada que le abona.  
Lo demas de su figura  
Lo velan, guardan y embozan  
Los secretos de una capa  
En que envuelve la persona.

Ganó la vuelta á la plaza  
Por una calleja corva,  
De casa en casa pasando,  
Señas tomando de todas.  
Delante de una al tenerse  
Que de palacio blasona,  
Esta es, dijo, y en la puerta  
La mano atrevida posa.  
Mas no bien dentro del patio  
El son de la aldaba dobla,  
Corriendo dentro un cerrojo  
Un hombre al dintel asoma.  
Haciendo paso al que sale  
El que iba á entrar se reporta,  
Y al mismo tiempo en su rostro  
Reflejó la luz dudosa.  
—“Don Juan!—Don Tello! esclamaron  
En voz descompuesta y honda  
Ambos á dos personajes  
Como quien duda y se asombra.  
—“¿A Don Juan mirando estoy?  
—¿A quien veo es á Don Tello?  
—Por Dios que no errais en ello.  
—Ni vos en mí; Don Juan soy.  
—Seguidme.

—¿A dónde? —A reñir.  
—Vamos; mas reñir ¿por qué?  
—Seguidme, Don Juan, que á fé  
Que os lo tengo de decir.”  
Calló Don Juan, y Don Tello  
En faz decidida y torva,  
“Por aquí,” dijo, y airado  
La vuelta del Campo toma.

Los estoques en la mano,  
Sueltas en tierra las capas,  
Están dos hombres á punto  
Da cerrarse á cuchilladas.

DON TELLO.  
Reñid, Don Juan, ó vos mato.  
DON JUAN.  
Grande será vuestra causa,  
Don Tello; mas ¡vive Dios  
Que en yo en saberla me holgara!

DON TELLO.  
Reñid, Don Juan.  
DON JUAN.  
Venís á reñir con rabia,  
Mas yo que ignoro . . .

DON TELLO.  
O reñís,  
U os asesino á estocadas.  
DON JUAN.  
—¡Tello!

Vos, parece

DON TELLO.  
—¡Reñid, voto á Cristo!  
DON JUAN.  
Mas decid una palabra,  
Una razon, un pretesto,  
Y riño.  
DON TELLO.  
¡Pese á mi alma!  
¿En Valladolid no estais?  
DON JUAN.  
Bien se ve.  
DON TELLO.  
¿Y á quién buscábais?  
DON JUAN.  
A Doña Ana de Mendoza.  
DON TELLO.  
Reñid, pues, que esa es la causa  
DON JUAN.  
¿Doña Ana! ¡qué . . .  
DON TELLO.  
Esposa mia . . .  
DON JUAN.  
¿Es?  
DON TELLO.  
Será.  
DON JUAN.  
¿Cuándo?  
DON TELLO.  
Mañana.  
DON JUAN.  
Defendeos bien, Don Tello,  
Que la razon es sobrada.

Cruzáronse los estoques,  
Adelantaron las dagas,  
Y empezaron los aceros  
Do acabaron las palabras.  
El ruido de entrambas hojas  
En la oscuridad sonaba,  
Sin que en la sombra se alcance  
Cuál es mas feliz de entrambas.  
El aliento á resoplidos  
Ambos fatigados lanzan,  
Mortales golpes se tiran,  
Mortales golpes se paran.  
Sin duda que corre sangre,  
Sin duda el brazo se cansa,  
Porque los golpes son menos,  
La respiracion mas tarda.  
Y sin duda que es temible  
La contienda solitaria;  
Don Tello no cede un paso,  
Don Juan un paso no avanza.

No suena un golpe que á fondo  
Recto al corazon no vaya,  
No hay un quite que no pare  
La postrimera estocada.

Es el brazo que defiende  
Tan fuerte como el que ataca,  
Que á acertar un solo golpe  
Con él la lid acabara.

Jura el uno, calla el otro,  
Ni uno cede, ni otro avanza;  
Con mas arrojo Don Tello,  
Don Juan con mejor constancia.

Y en vano son los ardidés,  
Los esfuerzos y las mañas,  
Los amagos engañosos,  
Las embestidas trocadas.

Siempre un golpe encuentra un quite,  
Siempre un estoque una daga,  
Y un esfuerzo inesperado  
Una defensa impensada.

Entrambos desfallecidos  
Pierden tierra, y tierra ganan;  
Mas en ganar y en perder  
Siempre es igual la ventaja.

Desesperado Don Tello,  
Don Juan en siniestra calma,  
Así igualmente se estrechan,  
E igualmente se rechazan,

Y está la muerte dudosa  
En ambos aposentada,  
La mano en entrambas vidas  
Sin atreverse con ambas.

Abrasado al fin Don Tello  
En el volcan de su rabia,  
No mirando ya su honra,  
Sino solo su venganza,

Viendo que Don Juan no cede,  
Y que él tampoco adelanta,  
Pensó en ganar por traidor  
Lo que por audaz no gana.

Y cerrando mas brioso  
Con tan traidora esperanza,  
Como si alguno amagase  
A D. Juan por las espaldas,

Gritó: *¡Tente! ¡No le mates!*  
Y al volver Don Juan la cara,  
Hasta la cruz escondióle  
Dentro del pecho la espada.

Cayó Don Juan, y Don Tello,  
Ganando apenas su casa,  
Guardó en la vaina su estoque,  
Y su secreto en el alma.

## II.

Lejos del mundo y de su pompa vana,  
Harto de juveniles devaneos,  
El polvo hollando que la raza humana  
Encierra en sus placeres y deseos,  
Renunciando su gala cortesana  
Y de su clara estirpe los trofeos,  
En celda estrecha y solitaria habita  
Un austero y humilde cenobita.

Pasó su juventud en árdua guerra,  
Derramando su sangre generosa  
Por ensanchar los lindes de su tierra  
Y engrandecer su patria poderosa.  
En el valle acampó, saltó la sierra  
Tremolando la enseña victoriosa,  
Y los vencidos le debieron leyes,  
Conquistas su nacion, oro sus reyes.

Hoy porque al mundo su valor asombre,  
O porque su valor ponga en olvido,  
Vela en el claustro el opulento nombre  
Con que ha valiente capitan vivido:  
Y olvida con lo mísero de hombre  
Cuanto de grande é inclito ha tenido,  
Curando en santa y religiosa calma  
Las hondas cicatrices de su alma.

Que entre ásperas y crudas penitencias  
Buscó su Dios el alma atormentada  
Por el revuelto golfo de las ciencias,  
Por el desierto de la inmensa nada;  
Así avisó su fé con sus creencias,  
Así acalló su carne macerada,  
Mas en lucha tenaz consigo mismo  
En sus creencias encontró un abismo.

Crejó y dudó; y en duda irreverente  
Tornó á creer, y recayó en la duda;  
Hundió en el polvo la humillada frente  
En su cuita á su Dios pidiendo ayuda;  
Crejó segunda vez, pero igualmente  
Dudó segunda vez el alma ruda;  
Oró su pertinacia castigando,  
Mas creyendo dudó, y crejó dudando.

Do quier su incertidumbre y su impericia  
El órden de las cosas reprochaba;  
La virtud presa, impune la malicia,  
Do quier de sus creencias recelaba;  
Mal segura y torcida la justicia,  
De la justicia celestial dudaba,  
Y de los males del viciado suelo  
Culpa argüia en el dormido cielo.

Con sus dudas así y con sus creencias  
Arrastraba el severo capuchino  
Su vida entre recónditas dolencias,  
Y dudaba tal vez de su destino.  
En vano con austeras penitencias  
Pedia al cielo su favor divino,  
Siempre acosaba al pensamiento adusto  
La duda de lo justo y de lo injusto.

Siempre sus penitentes oraciones,  
Y su estudio, y sus horas solitarias,  
Turbaban sus incrédulas ficciones,  
Siempre con causas ó con hechos varías;  
Ni el turbulento mar de sus razones  
Sosegaban su llanto y sus plegarias,  
Que cuanto mas oraba penitente  
Se rebelaba el corazon demente.

El pueblo al contemplar su faz severa,  
Que con el toscó capuchon ceñía,  
El paso grave, la mirada austera,  
La barba que á los pechos le caía,  
Su misteriosa forma pasagera  
Que tan solo en el templo aparecía,  
Reputacion de justo le otorgaba,  
Y por justo varon le respetaba.

El sabio que en su cámara medita  
En su confuso libro amarillento  
Las ideas que el sabio cenobita  
Creó en la soledad de su convento,  
Viendo que su honda creacion gravita  
Sobre su aventajado pensamiento,  
Ambas razones balanceando, cede,  
Y el renombre del sabio le concede.

Mas tal es la mundana inconsecuencia,  
Y el frágil peso del consejo humano  
Que yerra el corazon, yerra la ciencia  
En el juicio mas fácil y liviano:  
En medio de su airada penitencia,  
Presa á su vez del pensamiento vano  
Bajo el sayal del hombre penitente  
El incrédulo habita impunemente.

Do quiera le mantiene arrebatado  
Honda meditacion que le divierte,  
Por el gran laberinto en que obcecado  
Razones busca á la insensata suerte;  
Y el mundano do quier cura engañado  
De que en su arrobó el justo no despierte  
Y la sagrada inspiracion no acuda;  
Mas el sabio no adora, sino duda.

Es una mañana clara  
De una fresca primavera;  
La brisa arruga ligera  
La yerba, el agua y la flor.  
El sol asoma al oriente  
Su cabellera inflamada,  
Y alza el ave en la enramada  
Dulces himnos al Criador.

Orlan el campo las perlas  
Que ha derramado el rocío,  
Murmura allá abajo el rio  
La orilla al acariciar;  
Y en niebla azulada y ténue  
Que remeda al limpio cielo,  
Vapores exhala el suelo  
De jazmines y azahar.

Las inquietas mariposas  
Desplegan sus cien colores,  
Columpiándose en las flores  
Con revoltoso bullir.  
Posando en todas livianas  
Solo al lindel dejan sola  
Sin sus besos la amapola  
El toscó brazo al abrir.

Ostenta cuantos primores  
En su ancho tapiz encierra  
A la luz del sol la tierra

Respirando juventud;  
Todo es calma, luz y vida  
En la dulce primavera;  
Mas ¡ay! ¡cuanto es pasagera  
Su belleza y su quietud!

Tambien gozó de su infancia,  
Su vigor y su opulencia  
Esa ciudad, de existencia  
Mas remota y mas feliz;  
Mas si no alcázar de reyes,  
Aun conserva la nobleza  
En que muestra su grandeza  
Lo que fué Valle-de-Olid.

A un lado del Campo Grande  
En un balconcillo estrecho,  
El codo en el antepecho,  
Sobre la mano la sien,  
Un austero capuchino  
El campo está contemplando,  
La baja tierra mirando  
Con religioso desden.

Si sufre, goza, ó medita,  
Si bien rie, ó males llora,  
Si desespera, ó si ora,  
Es difícil de atinar.  
Los ojos fijos en tierra,  
La tez rugosa, amarilla,  
En la palma la mejilla,  
Siempre en el mismo lugar;

Siempre en la misma postura,  
En el mismo arrobamiento,  
Sin voz y sin movimiento,  
Sin aparente razon,  
Insondable el alma viva  
Tras aquella estampa muda,  
Una cifra es de la duda  
De imposible comprension.

Al pié del mismo convento  
En paseo solitario,  
Desde la iglesia al osario,  
Vagar un hombre se vé.  
Ambos brazos á la espalda,  
Hasta la ceja al sombrero,  
Larga daga, agudo acero,  
Y espuela dorada al pié.

Su pensamiento no aclaran  
Su talento ni su paso,  
Tal vez estará al acaso  
Y sin voluntad allí:  
Creeráse que reconoce  
El lugar en que se mira,  
Se tiene, calla, suspira,  
Viene y va, y espera así.

Del cementerio á la iglesia,  
De la iglesia al cementerio,  
Siempre en el mismo misterio,  
Siempre en el mismo vagar,  
Ni él ve al monje que á su reja  
Asomado ora ó medita,

Ni se cura el cenobita  
Su ocupacion de acechar.  
Seméjase el capuchino  
A un ilustre prisionero,  
Y semeja el caballero  
El vencedor capitan;  
Mas el uno en su ventana  
En imperturbable vela,  
Y el otro en su centinela  
Indiferentes están.

En esto del fin del Campo,  
Que ambos á espalda tenian,  
Uno tras otro venian  
Dos hidalgos á la vez.  
La del primero era fuga,  
La del otro seguimiento,  
Y víase bien su intento  
En su tenaz rapidez.

Desarmado el de delante  
Y la faz desencajada,  
En la derecha la espada,  
Ya cerca el perseguidor,  
Ambos á par se empeñaban  
En su fuga y su denuedo;  
El de delante era miedo,  
El de atras era furor.

¡Detenerlos! gritó el monge,  
Tornó el caballero el gesto,  
Y un punto en el mismo puesto  
Viéronse iguales los tres.  
Mas antes que el mas cercano  
Acudiera al homicida,  
El otro cayó sin vida  
Bañado en sangre á sus piés.

Seguir al vivo era en vano,  
Como una sombra fugóse,  
Al desplomado tornóse,  
Mas era inútil tambien.  
Y antes que reconociese  
De la herida la malicia,  
Llegó á punto la justicia  
Gritándoles que se den.

Prestó atencion esquisita  
Desde lo alto el capuchino.  
"Este es, éste, el asesino!"  
A la ronda oyó decir:  
Requirió el preso su espada  
Para dar final respuesta;  
Pero otra mano mas presta  
Vino su intento á impedir.

"Déjese sin fuerza, hidalgo,  
Y hácia la cárcel se apronte.  
¿Quién es?"

—Don Tello de Aponte.

—Préndanle y vengan en pos."  
Cerró el monge la ventana  
La prision injusta viendo,  
Con voz cóncava diciendo:  
"Si no hay justicia, no hay Dios!"

## III.

Tras una mesa cubierta  
Con un terciopelo verde,  
En tres sillones de brazos  
Están sentados tres jueces.  
En mas ínfimo lugar,  
Y de ellos frente por frente,  
Espera en silencio un hombre  
Sentado en un taburete.

Serenos tiene los ojos,  
Alta y tranquila la frente,  
El rostro descolorido,  
Y ambos piés en un grillete.  
Mas nada hay en su persona  
Que á imparciales ojos muestre  
Que tan orgulloso porte  
Acompañe á un delincuente.

Que es noble se ve en su nombre,  
Que es criminal en las leyes,  
Que no es traidor en su rostro,  
Y en su talle que es valiente.  
Mas que importa su custodia  
Se ve bien en los mosquetes,  
Que esparcidos por la sala  
Las entradas la defienden.

Por las puertas y tapices  
Se alcanzan confusamente  
Las cabezas apiñadas  
De la multitud que atiende;  
Y en el inquieto murmullo  
Que discurre entre la gente,  
Se ve que todos escuchan,  
Pero que pocos entienden.

Confusas, distantes, rotas,  
Concebirse apenas pueden  
De preguntas y respuestas  
Las razones diferentes.  
El juez pregunta, y el reo  
Responde; los escribientes  
Escriben; los guardias guardan,  
Y el pueblo murmura siempre.

EL JUEZ.

¿Quién sois?

EL REO.

Un hombre.

EL JUEZ.

¿Su nombre!

EL REO.

Don Tello de Aponte soy.

EL JUEZ.

Levantaos.

DON TELLO.

Bien estoy.

EL JUEZ.

Ved que soy el juez.

DON TELLO.

Yo el hombre.

EL JUEZ.

Ved que es fuerza obedecer.

DON TELLO.

Que me desaten decid,  
O en preguntar proseguid,  
Que así os he de responder.

EL JUEZ.

¿Matásteis á un hombre . . . ?

DON TELLO.

No.

EL JUEZ.

Con el muerto os sorprendieron,  
Y os acusan.

DON TELLO.

Pues mintieron.

EL JUEZ.

Fué la justicia.

DON TELLO.

Mintió.

EL JUEZ.

¿Esta espada de quién es?

DON TELLO.

Si en esta mano estuviera,  
Mejor ella lo dijera.

EL JUEZ.

¿No os la hallaron?

DON TELLO.

Sí, á los piés.

EL JUEZ.

¿Bañada en sangre!

DON TELLO.

Es así.

EL JUEZ.

Y un hombre teniais muerto  
Junto á vos.

DON TELLO.

Tambien es cierto.

EL JUEZ.

Luego fuisteis . . .

DON TELLO.

Yo no fuí.

EL JUEZ.

Decid, pues, ¿quién le mató?

DON TELLO.

Un hombre que le seguia.

EL JUEZ.

¿Cuyo nombre?

DON TELLO.

El lo sabia,

Y si no se huyera, yo.

EL JUEZ.

¿Luego huyó?

DON TELLO.

Dije que sí.

EL JUEZ.

¿Le conociérais á verle?

DON TELLO.

Mal pudiera conocerle  
Si nunca el rostro le ví.

EL JUEZ.

¿Bien lo fingís!

DON TELLO.

Bien lo cuento,

Que esto solo aconteció.

EL JUEZ.

¿Confesais el crimen?

DON TELLO.

No.

EL JUEZ.

Pues ponedle en el tormento.

DON TELLO.

Vedlo bien.

EL JUEZ.

Lo ví.

DON TELLO.

Pues voy.

Pero mirad que inocente . . .

EL JUEZ.

Vos nombrareis delincuente . . .

DON TELLO.

Puede ser, pues hombre soy.

Mas si el dolor da por mí  
Alguna declaracion,  
Anulo mi confesion,  
Y en cuanto diga, mentí.

Sacáronle de la sala,  
Y en sus sillones los jueces  
Callaron mientras susurra  
En son siniestro la plebe.

A verse en la puerta alcanza,  
Que en el fondo el salon tiene,  
Una alfombra de cabezas  
Que bullen eternamente;

Un monton desordenado  
De ojos de hombres y mugeres  
Que giran en muchos gestos,  
Ya curiosos, ya impacientes.

Acá y allá algunas damas,  
Que en los tupidos dobleces  
De un velo en que acaba un manto  
La faz ruborosa envuelven.

Y esta multitud inquieta  
Cuchicheando sordamente,  
Esperando alguna cosa  
De otra cosa que sucede;